

Durante casi toda su existencia se había creído y sentido español y había vivido con intensidad y entrega total la realidad de España. Convencido de su nacionalidad, ya en plena madurez, se entregó con el mismo fervor e idéntico entusiasmo al servicio de su patria mexicana. Hispano, mexicano, romántico y liberal, escritor conocido, luchador impenitente, volvía a su tierra natal dispuesto a afincarse en ella y a seguir trabajando por sus ideales de siempre. ¿Qué le depararía el destino?

En Londres acababa de publicar una nueva comedia, *Contigo, pan y cebolla*, después de varios años de no escribir. La había enviado a México, con la intención de que fuera representada en el Teatro Principal, pero en ese momento desconocía que una copia del texto acababa de llegar a Madrid, donde se preparaba su puesta en escena y que el éxito de crítica sería arrollador. Entre otros, el propio Larra quiso opinar sobre Gorostiza y escribió algunas notas, atinadas y certeras.

El señor Gorostiza, poeta ya ventajosamente conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia... Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor a su disposición; el señor Gorostiza no las ha desperdiciado; rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaría, escenas enteras que honrarían a Moratín... El lenguaje es castizo y puro, el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras...

Sin tiempo para analizar las características de su obra literaria, sí conviene decir que Gorostiza cumple una función desmitificadora, quizá sin darse cuenta. Conocedor del teatro romántico como pocos, fue capaz de superarlo, pasar a una línea crítica posterior y por circunstancias especiales fue el introductor en España, con su última obra, de la disolución crítica y el humor posromántico. Llorens lo señala con toda razón, cuando dice: «La comedia de Gorostiza se representó en Madrid y México el mismo año de su publicación en Londres. El público madrileño la acogió favorablemente. Con la particularidad de que aquel público la aplaudía antes de que se estrenaran los primeros dramas románticos de los emigrados. Así pues, la caricatura precedía en España al cuadro romántico».

Gorostiza llegó a México en un momento lleno de interés y novedad. Gobernaba Gómez Farías, culto, liberal, ilustrado, lleno de pasión por la educación y la cultura popular. Su presencia no pasó desapercibida y, nada más desembarcar en el puerto de Veracruz, Gómez Farías le encargó que formara parte de la Comisión dedicada a estudiar la primera reforma educativa mexicana, en la Dirección General de Instrucción Pública, así como la creación de la primera Biblioteca Nacional y el estudio sobre la creación, igualmente, de un posible Teatro Nacional. Desde el primer momento, aparecía claro que México no iba a desaprovechar el talento y los conocimientos del recién llegado.

Poco a poco sus actividades se fueron extendiendo a otros campos. Debo decir que esta última y larga etapa en la vida de nuestro personaje está bastante bien tratada y ha sido objeto de estudios y comentarios por sus biógrafos mexicanos, especialmente Armando de María y Campos, quien tuvo la oportunidad de conocer y conversar con las biznietas de Gorostiza, que le transmitieron papeles, confidencias y noticias poco o nada conocidas anteriormente. Gracias a estos biógrafos los casi veinte años que Manuel Eduardo vivió en su país nos son ampliamente conocidos.

A lo largo de estos años trabajó en el campo de la educación y a él se deben iniciativas de interés, como la Casa de Corrección de Jóvenes, ubicada en Santiago de Tlatelolco, junto a la Casa de Asilo de Mendigos, un anticipo de soluciones socio-educativas que serían norma y generalidad más tarde. En efecto, siguiendo reglas que más tarde se considerarían las más indicadas, dotó al establecimiento de talleres e instrumentos para impartir a los jóvenes del asilo una formación que les permitiera ganarse por sí mismos un honrado sustento.

Fomentó la actividad artística y en un momento de crisis, a la muerte de Gómez Farías, llegó a hacerse cargo de la empresa del Teatro Principal, abocado a la quiebra. Vivió con intensidad la política nacional y fue ministro en varias ocasiones, tanto de Hacienda como de Asuntos Exteriores, y en un momento dado le correspondió recibir en México al primer embajador español, Calderón de la Barca, que había llegado a la ciudad de los palacios acompañado de su mujer, fina y exquisita escritora, que nos ha dejado una extraordinaria descripción de sus impresiones y memorias. Calderón, en sus despachos, se refería a Gorostiza encomiando su conocimiento y cariño hacia las cosas de España.

Una de sus gestiones más importantes fue la que llevó a cabo en Washington. Enviado como ministro plenipotenciario a los Estados Unidos de 1834 a 1836, le correspondió ejercer esta actividad en un momento crítico y difícil de las relaciones entre los dos vecinos. Debo recordar que ya en su etapa de ministro en Londres había advertido con frecuencia al gobierno mexicano de las pretensiones y ambición norteamericanas en el territorio de Texas. En Washington, en 1836, se enfrentó al gobierno estadounidense, permaneciendo en su misión hasta la declaración de la guerra y la ocupación de Texas por el ejército americano.

Era el final trágico de una vieja ambición. Los gobernantes americanos exigían de México mayor protección y defensa de sus intereses y alegaban que la falta de respuesta y la inhibición constante del ejército mexicano obligaba a los norteamericanos a intervenir y ocupar zonas de territorio en defensa de sus nacionales. Gorostiza siempre se opuso a esta interpretación y llamó la atención del gobierno sobre el peligro y la gravedad de las invasiones yanquis. No se le hizo caso cuando estaba en Londres y tampoco tuvo mucho éxito desde Washington, al intentar desenmascarar la doble política y el peligroso juego de la diplomacia y del ejército del vecino del norte.

Su denuncia pública de los hechos le acarreó dificultades y problemas, que trató de vencer con el peso y la fuerza de la razón, publicando la correspondencia y los documentos que se habían cambiado entre la misión mexicana y el gobierno de Estados Unidos. Fue derrotado por la ley del más fuerte y tuvo que regresar a México, con la desesperación del convencido a quien no se hizo caso.

Entre 1838 y 1839 fue, por períodos cortos, ministro de Relaciones Exteriores, de Interior y de Hacienda en el gabinete de Anastasio Bustamante. De marzo a julio de 1839, con López Santana, Nicolás Bravo y el propio Bustamante, volvió a ocupar la cartera de Exteriores, intervino más tarde (1840-1841) en las negociaciones entre México y España sobre las reclamaciones de súbditos españoles y el problema de la ciudadanía hispano-mexicana, y en 1841 recibió el nombramiento de Director de la Renta del

Tabaco, en Morelia, cargo que seguiría ejerciendo durante diez años hasta el momento de su muerte.

Fue sonado y muy comentado su *Dictamen sobre la cuestión de Tejas*, defendido por él ante el Consejo de Estado el 3 de junio de 1840, en el que mantuvo la necesidad de ir a la guerra: «Queda, pues, demostrado, que la paz con Tejas tal como se nos la ofrece y tal como tiene que ser, lejos de poner un término a los males nos los procurará mayores y de peor trascendencia».

Todavía volvió a ejercer cargos ministeriales, en este caso la cartera de Hacienda, primero con ocasión de haber dimitido Ignacio Trigueros (1842) y posteriormente, durante un mes escaso (1846), en el gabinete de Paredes y Arrillaga.

Pasados algunos años, Gorostiza volvió a vivir una experiencia singular y notabilísima, que parece retrotraernos a los momentos de exaltación patriótica de su juventud. Con cincuenta y ocho años de edad, agotado y cansado, lleno de achaques y debilidad, aún pudo sacar fuerzas de flaqueza y se aprestó, con ilusión y temperamento juvenil, a participar en la defensa de la patria.

Mucho debió recordar de sus días mozos, cuarenta años atrás, cuando en situación muy parecida participó en la guerra contra Napoleón. Estos de ahora, como los franceses, invasores de países supuestamente amigos, se creían el mejor ejército del mundo y, casi como en un paseo, atravesaron México de arriba abajo hasta llegar a la capital.

Gorostiza, *ni corto ni perezoso*, se dispuso a hacerles frente y sin otra ayuda que su mejor buena voluntad, con dinero propio y seguido de unos cuantos amigos, aprestó un batallón completo, que vistió y armó con sus propios recursos, disponiéndolo en línea de combate. Su nombre ha adquirido un relieve histórico, «El batallón de Bravos», y a las órdenes del general Anaya se destacó en la defensa de Churubusco, cuando el ataque y la toma de la ciudad de México por los americanos.

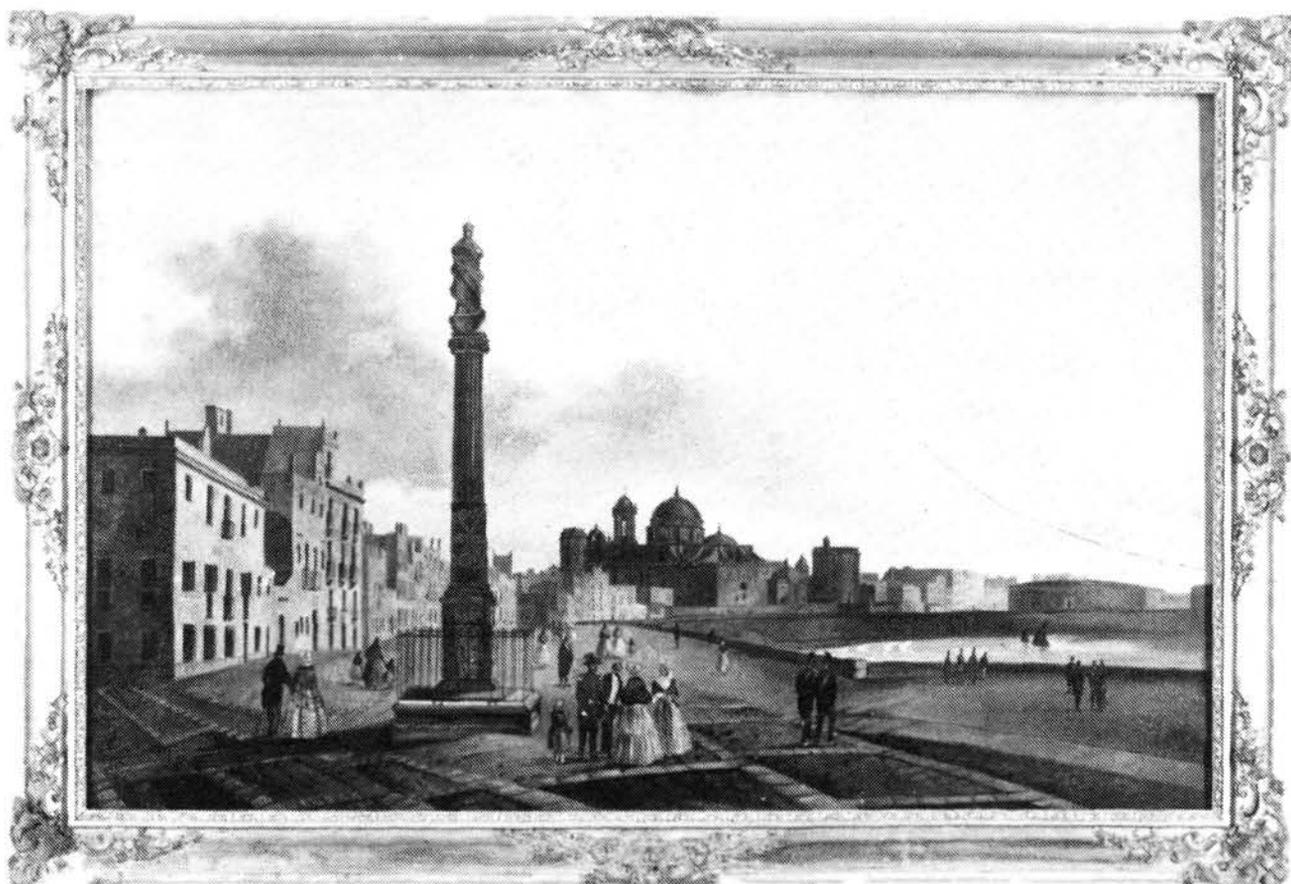
Se cuenta que el general Twiggs buscaba a un oficial mexicano a quien responsabilizar de la situación de la tropa ya rendida y, al conocerle y observar que hablaba inglés, preguntó por su nombre y, cuando le dijeron que se trataba del antiguo embajador de México en Washington, descendió de su caballo, se descubrió y lo saludó con la mayor deferencia, entregándole la responsabilidad correspondiente.

Gorostiza participó en aquella batalla en condiciones de pésima salud. Sin embargo sobrevivió milagrosamente a la disentería que le aquejaba y pudo resistir algunos años más, al parecer, retirado en su casa de Tacubaya. La muerte le llegó el 23 de octubre de 1851, inesperada y traicionera, con un motivo vulgar y sin realce. Se cuenta que tuvo que hacer frente al pago de unas deudas, vivía con estrechez y dificultades, quien había dedicado todos sus recursos a la educación y a la defensa de la patria, y en el acaloramiento de la discusión y el disgusto consiguiente, al tener que solicitar un nuevo aplazamiento, sucumbió, según dijeron los periódicos de la época, a resultas de una hemorragia cerebral.

Le sobrevivían su viuda, doña Juana Castilla de Gorostiza, y sus hijos Eduardo, entonces ministro de México en España, Rosario, la segunda de sus hijas, ya que Luisa había muerto años antes que su padre, y Vicente, el más joven de los hijos y entonces cadete en el Colegio Militar.

Poeta, educador, dramaturgo, promotor teatral, crítico literario, interesado por la cultura y la formación profesional, ilustrado y patriota, diplomático eminente, ideólogo práctico, reformador impenitente, a la hora de morir Gorostiza confirma, reafirma y da fe de una vida entregada permanentemente a unos modelos de liberalismo y romanticismo pragmáticos, templados y moderados, a los que se entregó en su juventud y de los que jamás abdicaría.

**Manuel Ortuño Martínez**



Vista de Cádiz en el siglo XIX